

Unamuno y el periódico bilbaino *El Coitao. Mal llamao*

MANUEL M^a URRUTIA LEÓN
Universidad de Deusto (Bilbao)

La aparición hace ya cierto tiempo de una edición facsímil del periódico *El Coitao* nos ha permitido completar la colaboración de Unamuno, que ya conocíamos parcialmente, en esa publicación bilbaína.¹ El nombre íntegro del periódico era: *El Coitao. Mal llamao. Periódico artístico, literario y radical de Bilbao*, y tras ese curioso nombre se ocultaba un proyecto ciertamente original en el Bilbao de la primera década del siglo XX.

“La experiencia de *El Coitao* (comenta González de Durana en el estudio que acompaña la reproducción facsímil) debe entenderse como el inarticulado, pasional y primer esfuerzo de unos jóvenes artistas por hacerse un hueco en el escaso mercado y panorama artístico de aquel Bilbao” (1995:19). El propio Unamuno opinaba algo semejante, según la confesión que le hizo a uno de sus impulsores, Ricardo Gutiérrez Abascal, una vez agotado el proyecto: “*El Coitao*, anárquico, incoherente, desigual y acaso demasiado personal de un grupo de artistas”.² Entre los artistas plásticos promotores del proyecto estaban Alberto Arrúe, José Arrúe, Gustavo de Maeztu, Angel Larroque, Nemesio Mogrovejo, etc.; a los que acompañaban varios literatos que también colaborarían en el mismo: Ricardo Gutiérrez Abascal, Tomás Meabe, Ramón de Basterra. Convirtiéndose, por las características del proyecto y la identidad de sus promotores, en una de las primeras semillas “que posibilitaría el futuro desarrollo y madurez de la Asociación de Artistas Vascos” (Idem: 22).

Entre los escritores ya consagrados que colaborarían en el periódico destacan José María Salaverría y, sobre todo, Miguel de Unamuno, quien se convertiría en uno de los principales sostenedores del proyecto, ante las muchas dudas y disidencias internas de los impulsores del mismo.

Ya desde el inicio mismo en que fue solicitada su colaboración, lo haría por carta José Arrúe, Unamuno aceptaría gustosamente el ofrecimiento. El 29 de diciembre de 1907 le escribía Arrúe: “Me tomo la libertad de escribirle para pedirle colaboración en un periódico que queremos publicar varios jóvenes de Bilbao. [...]. El periódico que llevará por título “*El Coitao*” queremos hacerlo esencialmente bilbaino, no yendo en armonía lo que se dirá con su nombre pues *coitao*s talmente es difícil hallar en esta tierra de vivos” (Citado por González de Durana, 1995: 346-349). Solicitándole el envío de un artículo, en la primera quincena de enero, para el primer número. Y ya el día 4 de enero de 1908, Arrúe le confirmaba y agradecía haber recibido tanto una carta como el artículo solicitado. El artículo llevaba por título *¡Abajo la coitadez!* y en él Unamuno, a modo de verdadero programa de batalla, escribía lo siguiente:

“¡El coitao! ¡El coitao! La *coitadez*, no tan coitada como parece, y que se disfraza de mil formas, es ahí precisamente el enemigo. Hay que acabar con ella.

Tenemos por delante toda una gran obra que cumplir, mas para ello es preciso que nos sacudamos de esa *coitadez* y sobre todo de la que se incubaba en Loyola y que tan poco guarda del verdadero espíritu de aquel nuestro Iñigo. Nuestro y no de ellos. [...].

Y es a Bilbao, a ese Bilbao invicto y heroico, es a esa villa fuerte a la que está reservada la obra. [...].

Guerra a la *coitadez* y a la marrullería.

¹ Recogida y comentada por: GONZÁLEZ DE DURANA, Javier: *El Coitao. Mal llamao*. Bilbao, Ediciones El Tilo, 1995.

² Carta de Miguel de Unamuno a Ricardo Gutiérrez Abascal, 6 mayo 1908. Salamanca, Casa-Museo Unamuno (CMU).

¡Y guerra a la beocia por ellas explotada! Duro y a la cabeza a todo el que quiera enjaularnos dentro del sel del caserío, a todo el que ponga estorbos a que demos, tras de Elcano, la vuelta al mundo. Donde llegó él y donde llegaron Legazpi y Urdaneta e Irala y Garay, allá tiene que llegar nuestra palabra de hierro, y en la lengua en que Sabino predicó, lleno de fe heroica, su evangelio de perdición”.³

El periódico, debido al escaso éxito socio-cultural y consecuente fracaso económico del proyecto, quizás demasiado ambicioso para el Bilbao de la época, apenas duraría tres meses, desde el 28 de enero hasta el 29 de marzo de 1908, en que se publicarían ocho números. Unamuno participaría con cuatro artículos escritos expresamente para el periódico bilbaino. Serían los siguientes:

26 enero 1908 (nº 1). “¡Abajo la coitadez!”

2 febrero 1908 (nº 2). “Marranería espiritual”

9 febrero 1908 (nº 3). “¿Por qué se emborracha el vasco?”

1 marzo 1908 (nº 5). “¡Burlaos!”

Además, en el número 7º, del 15 de marzo de 1908, se publicaría el capítulo V del libro *Recuerdos de niñez y mocedad*, uno de cuyos primeros ejemplares sería enviado por Unamuno a Ricardo Gutiérrez Abascal con la siguiente dedicatoria: “Al Coitao, con una palmadita en el hombro” (González de Durana, 1995: 65).

Reproduzco a continuación, tras un breve comentario introductorio, los cuatro artículos (incluido el primero, ya publicado en las Obras Completas de Unamuno) para que el lector pueda hacerse una idea cabal de las ideas, que mantienen gran coherencia a lo largo de su incursión en el periódico.

Su guerra a la coitadez es no sólo una pugna artístico-literaria, sino que va estrechamente unida a la crítica político-ideológica. Es un rechazo de aquellos artistas y literatos vascos “tan honrados como duros de mollera”; una incitación a los jóvenes artistas embarcados en “*El Coitao*” a sacudirse la coitadez, la vergonzosidad, la cobardía característica de los “neos” (tradicionalistas católicos y bizkaitarras), y una exhortación a la valentía, a cultivar lo “fuerte y serio”, a que los “verdaderos liberales” vascos salgan del caserío y se abran, en castellano, al mundo.

Es también un rechazo vehemente a la pura “estetiquería” mediterránea, al arte y la literatura reducidos a pura forma, lo que vendría expresado en el dicho: “Todo es la forma, todo el modo de decir”.

¿Por qué se emborracha el vasco?, se pregunta Unamuno en uno de los artículos, y discrepa de la interpretación anterior de José M^a Salaverría en el mismo periódico (nº 2). En definitiva, concluye Unamuno, el vasco bebe “más de lo debido” precisamente para sacudirse la coitadez.

Y critica la “beocia bizkaitarra”, su miedo al pensamiento, su dogmatismo, su falta de sentido crítico...

En ese nuestro país hay recelo y hasta ojeriza a las formas más elevadas y sutiles, que a la vez son las más inquietadoras del pensamiento. De aquí su dogmatismo, y de aquí el éxito que alcanza toda forma simple y cortante de doctrina.

El favor que el bizkaitarrismo ha hallado se debe, ante todo y sobre todo, a que es una doctrina de una simplicidad horrible y al alcance de las inteligencias más modestas. Se basa en una serie de prejuicios, de leyendas, de afirmaciones gratuitas, de errores históricos, sociológicos y etnológicos. Su fuerza consiste no en desarrollar argumentos sino en repetirlos. Y su fuerza consiste sobre todo en la casi total carencia de sentido crítico de parte de los que

³ El artículo es, de los cuatro que Unamuno escribiría para *El Coitao*, el único conocido. UNAMUNO, Miguel de: *Obras Completas* (Edición de Manuel García Blanco). Madrid, Escelicer, 9 t., 1966-1971. Puede leerse en el tomo III, págs. 1270-1273.

exponen y de parte de los que reciben la doctrina.

Ausencia de sentido crítico que es también, en el fondo... falta de sentido humorístico. El español en general y el vasco en particular le parecen incapacitados para comprender y practicar el “verdadero” humorismo y aun la ironía, que él mismo venía utilizando con profusión -a pesar de que esto último no sepa verlo un sector importante de la crítica unamunista, como ya el propio Unamuno se quejaba de no ser entendido por sus contemporáneos-.

En definitiva, esta querencia por el humorismo, junto con la inextricable conexión entre forma y contenido que ha de tener el texto literario, serán dos firmes convicciones mantenidas a lo largo de toda su trayectoria de escritor.⁴

“¡Abajo la coitadez!”

¡El coitao! ¡El coitao! La *coitadez*, no tan *coitada* como parece, y que se disfraza de mil formas, es ahí precisamente el enemigo. Hay que acabar con ella.

Una vez dije ahí a los míos, a los del *bocho*, refiriéndome a la expresión de Menéndez y Pelayo sobre la “honrada poesía vascongada”, que era menester deshonorarla. Y así es. Entendámonos ahora.

Esa honradez -mejor sería llamarla *memelez*- de la antigua poesía, o lo que fuere, vascongada, nació de eso, de lo de ser *coitaos*, de ese fondo de vergonzosidad, que aunque tiene muy nobles raíces tiende sobre nuestro pueblo una funesta copa. Hay que desmocharla, pues, y hasta descuajarla, pero sin desarraigarla.

Decía Adolfo, refiriéndose a cierta familia bilbaína que ha cultivado la *coitadez* artística y literaria, que sus maestros eran en dibujo Calam, en música Gounod y en literatura Selgas. Yo no sé si esto es estrictamente así, pero sí sé que ahí, en esa bendita tierra de mis ensueños y mis esperanzas, se ha cultivado el temor a todo lo fuerte e intenso, a todo lo hondo y recio.

En derredor de la estatua de Antón, el de los Cantares, aquel espíritu sencillo y bueno que tanto daño nos hizo con sus aldeanitos de nacimiento de cartón y sus *chocholadas*, en derredor de esa estatua que se alza -y está muy bien- donde fue la campa de Albia, cazadero de *cochorros* en mis años infantiles, allí tenemos que gritar: ¡Abajo la *coitadez*!

El pueblo vasco, para ser en el orden de la cultura del espíritu lo que en otros órdenes ha sido, no tiene sino romper ese freno, y es Bilbao el que debe rompérselo.

⁴ Hasta el punto de que ambos están entretreídos, a su vez, en su obra narrativa a través del recurso discursivo de la ironía, como ha demostrado magistralmente Bénédicte Vauthier en una obra reciente que compendia seis largos años de estudio. En “*Arte de escribir e ironía en la obra narrativa de Unamuno*” (Ediciones Universidad de Salamanca, 2004), obra imprescindible para una lectura adecuada de la obra literaria de Unamuno, Vauthier realiza una interpretación en clave irónica de la narrativa de Unamuno (la ironía, escribe, es la única hija legítima del verdadero humorismo). En ella defiende que: “Unamuno es un autor sumamente irónico -no un escritor satírico ni menos aún un polemista-. Porque, como buen ironista, Unamuno ha buscado y elegido deliberadamente el recurso discursivo -la ironía- y el género -la novela- que le permitieron ser crítico al tiempo que le evitaron caer en la sangrienta polémica. Si bien Unamuno no atacó nunca directamente, no se cansó de criticar implícitamente. Entre líneas” (pág. 132). “El espíritu que presidía la redacción de la obra novelística de Unamuno debía de ser de la misma índole que el de la ironía socrática, o del humorismo cervantino en su dimensión crítica. [...] el mismo espíritu, tolerante y crítico” (pág. 344). Por lo que “son las elecciones estéticas y estilísticas de Unamuno, puestas al servicio de sus convicciones filosófico-políticas, las que requieren que aprendamos a leerle entre líneas” (pág. 409). Llegando a la conclusión de que “se puede alegrar -¡por fin, desde la literatura!- que compromiso literario y compromiso político corren parejos en la obra y en la vida de Miguel de Unamuno, que fue ¡todo un filósofo! y ¡todo un liberal!” (pág. 23).

*Vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.*

(La prudencia en la mujer)

dijo Tirso, y lo hemos repetido mil veces.

Pero también debemos ser largos y anchos y profundos en palabras, en palabras de hierro y que sean obras.

Hemos sido un pueblo mudo o casi mudo; nuestros Aquiles no han tenido Homeros. Y por eso se nos desconoce. Y tenemos que apoderarnos del lenguaje adueñándonos del castellano, y frente a todos esos *marichus* que se enmejuran con él los oídos, revestir nosotros con él nuestro pensamiento. Y como los tiempos son de lucha y nosotros, los nietos de los ferrones y de los balleneros, no hemos de andar en estetiquerías, hagamos que ese nuestro vestido espiritual sea de hierro vizcaíno, que rechine con ruido de herraje, agrio a los oídos podridos de los *marichus*.

Apenas si roto el freno de la vergonzosidad y quebradas roñosas cadenas hemos empezado a hablar desde dentro, con todo el alma indomable, nosotros los de la cabeza dura, los que Salmerón declaró inadaptables a la civilización moderna -¿cuál?-, los que Carner cree ineptos para la visión estética, o sea mediterránea, del mundo.

Aún no nos conocen, aunque en parte nos adivinen. Hablan de nosotros como de gente tan honrada como dura de mollera unos cuantos señoritos que veranean por nuestros puertos o algún intruso, de visión estética, que pretenden conocernos en una excursión de ocho días. Y de malicia, de hostilidad. Y de ignorancia.

Lo fuerte, lo serio, lo verdaderamente nuevo somos nosotros, pero, en España y como españoles, nosotros somos el corazón de la vertiente atlántica.

Porque España no creo que pueda dividirse en la polaridad tan fecunda para todo pueblo, en norte y sur como algunos piensan, sino más bien, como creen otros, en las dos vertientes, la atlántica y la mediterránea -incluyendo en ésta la parte en que el Guadalquivir desemboca-. A España hay que partirla transversalmente por una línea que de hacia el Maladeta vaya al cabo de San Vicente. De un lado, Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Castilla la Nueva, toda Andalucía y hasta Extremadura; del otro, el litoral cantábrico, Castilla la Vieja y el reino de León. De un lado los pueblos estéticos, los del gesto y eso que llaman la gallardía, los de parada y plaza pública, los de zarzuela, y de otro nosotros. Y de la parte de allá quédase Madrid con sus cotarros, donde todos son unos.

Dejémosles predicando la alegría de vivir y otras vaciedades y seamos como somos, sin proponernos ser ni alegres ni tristes. No, sino como Dios y nosotros nos hemos hecho.

Y cultivemos la antipatía. Porque, en el fondo, somos antipáticos, profundamente antipáticos a todos esos -a los otros- que se pasean por entre las bambalinas de su teatro de feria haciendo chistes o estética y buscando cómo agradar al que les mata el hambre.

Le dije a Salaverría cuando fue allá, al teatro de la feria: “Usted no puede caer bien allí; acabará por ser antipático; usted no es de cotarro”.

Tenemos por delante toda una gran obra que cumplir, mas para ello es preciso que nos sacudamos de esa *coitadez* y sobre todo de la que se incubaba en Loyola y que tan poco guarda del verdadero espíritu de aquel nuestro Iñigo. Nuestro y no de ellos.

¡Que no nos mermen el brío! ¡Que no nos mutilen! ¡Que no nos desvirilicen! Todo menos eso que llaman la paz de los espíritus.

Y es a Bilbao, a ese Bilbao invicto y heroico, es a esa villa fuerte a la que está reservada la obra. La villa tiene su alma que viene creciendo desde los turbulentos tiempos

de las banderías. Siendo ya mozo oí decir a un anciano: aunque todos los bilbaínos se hicieran neos, Bilbao seguiría siendo liberal. Y así es.

Y la villa que mostró su fortaleza de espíritu en 1836 y en 1874, tiene que mostrarla en otro campo y peleando contra un enemigo no, como aquél, noble y franco, noble y franco como el antiguo y quijotesco Sancho de Azpeitia, sino solapado y sutil. Guerra a la *coitadez* y a la marrullería.

¡Y guerra a la beocia por ellas explotada! Duro y a la cabeza a todo el que quiera enjaularnos dentro del sel del caserío, a todo el que ponga estorbos a que demos, tras de Elcano, la vuelta al mundo. Donde llegó él y donde llegaron Legazpi y Urdaneta e Irala y Garay, allá tiene que llegar nuestra palabra de hierro, y en la lengua en que Sabino predicó, lleno de fe heroica, su evangelio de perdición. En esa fecunda contradicción en que se movió su noble espíritu, en ella está el resorte para salir del error en que la sombra de Loyola le tuvo preso. ¡Pobre luchador que duerme, al arrullo del mar bravío, entre montañosos pedernales!

Hay por debajo de la secular infancia del pueblo vasco, brizado por rancias *chocholadas*, por todo género de *añas* y *sensainas*, hay por debajo de esa sencilla y cándida infancia una virilidad potente y fresca. Tenemos que sacarla a flor, despidiendo al Coco.

¿No es ésta acaso una obra que llevar a cabo para todos los jóvenes bilbaínos que alientan el sagrado desdén hacia las actitudes más o menos elegantes y griegas de los otros, los de parada y feria?

Nosotros somos el hierro de España. Dejemos que sean ellos su sal, pero no la de conservarla, sino la de sazonarla para cuando le tocare la vez de ser devorada por otros pueblos en el comedero internacional.

MIGUEL DE UNAMUNO⁵

“Marranería espiritual”

Tirso de Molina hace decir a D. Diego López de Haro, Señor de Vizcaya, hablando de ésta, entre otras cosas, lo que sigue:

*Si su espereza tosca no cultiva,
aranzadas á Baco, hazas á Ceres,
es porque Venus huya que lasciva,
hipoteca en sus frutos sus placeres.*

Esto sería entonces, pues hoy es lo cierto, que aun cuando no cultivamos muchas más aranzadas a Baco, buena parte del hierro de nuestras montañas se nos va en comprar vino de las llanadas y soleras de otros. El vascongado actual bebe, por desgracia, mucho más de lo debido. Pero aún no ha llegado a eso de las hipotecas de Venus, me parece.

Yo no sé si los pueblos, se dividen, como quiere Maeztu, en pueblos relativamente castos pero borrachos y pueblos lujuriosos pero relativamente sobrios y, hasta sospecho que tal división, como otras análogas, tienen más de artificiosa que de nada, pero lo que sí aseguro es que si ello fuese así, yo, que no bebo sino agua y leche, me alegro de que ese nuestro pueblo dé, como en realidad está dando, más en borracho que en rijoso.

Muchos de los males que padece hoy España, casi toda su decadencia en el orden espiritual, la vacuidad de su literatura y sus artes, la cobardía mental que a sus hombres

⁵ *El Coitao. Mal llamao*, año I, nº 1, Bilbao 26 de enero de 1908, págs. 2-4. Como decíamos arriba, ya se encuentra reproducido en las *OC*, III, págs. 1270-1273.

caracteriza, provienen de una ola de lujuria que desde las costas de Levante y Mediodía ha inundado Madrid y amenaza invadir la nación toda.

Se ve en la literatura que es en gran parte marranería más o menos directa y más o menos velada.

Es marranería por la predilección, por ciertos asuntos, pero lo es también, aunque no lo parezca, por su especial sentido y culto de eso que llaman forma, no siendo sino fórmula o formilla.

Dejemos a los que escriben novelas para chicos del bachillerato y sesentones rechupados o piecitas de teatro con chistes tanto más estúpidos cuanto más verdes, dejemos lo que hoy se llama sicalípsis. Es que el culto ese o eso que llaman forma, es otra cosa que lujuria y marranería espiritual?

“Todo es la forma -dicen- todo el modo de decir”. Y la tal forma, que no pasa de afeite lingüístico, no es si no un consolador para los oídos gastados de los eunucos espirituales.

Don Juan el estúpido, Don Juan Tenorio, cuya conversación se hace, por lo fuera insoportable no siendo para las pobres mozas por él seducidas. Don Juan viejo y gastado; se ha metido a literato y se dedica a seducir muchachos.

Y estos efebos seducidos por D. Juan, creen los muy mentecatos que despreciamos la forma los que despreciando afeites y unturas y arrumacos y perendengues no la buscamos a la medida de sus oídos prostituidos ya para cosquilleárselos. Y hablan de estética!

Estética! Eso no es más que gálico. Gálico en su sentido conveniente y en el sentido etimológico, mal francés, marranería espiritual. Y ni forma en el valor universal y eterno de ella.

Y esos imbéciles efebos unas veces imitan imitaciones del anteúltimo preciosísimo bulevardero parisiense y otras veces imitan imitaciones de nuestro siglo XVI o del XIV. Y nunca resultan más grotescamente maricas que cuando quieren hacerse los viriles y los brutales. Juran con voz ronca; pero es ronquido de falsete bajo el cual se adivina al tiple.

Y ahí, en Bilbao. ¿Ha llegado la lepra? Difícil es que no ande algo de ella.

Pero ahí la lepra espiritual es otra; es una cobardía de pura “coitadez”, es el miedo a la abuela, a la madre, a la tía, a la hermana, a la mujer, a la hija, a la novia y hasta a la querida.

Pero este miedo creo corregible: creo que se puede acabar con esos vergonzosos pactos tácitos en ofrenda a lo que llaman la paz de la familia y no es, sino la muerte espiritual.

Peor, mucho peor es lo otro. Y francamente entre esa marranería espiritual de los efebos estéticos y la beocia bizkaitarresca con todo su cortejo de comilona, “bebilona” y berreo, me quedo con éste.

Hay que hablar, sin embargo, de esto de la beocia, y hay que hablar también del deportismo y de esa plaga de los “sportsman”, otro escapadero para no aplicar el espíritu a lo fuerte y eterno y universal. Y de otras cosas, como del radicalismo de taberna y del republicanismo de ordinario y licencia y del odio a la villa que se viste con otra piel entre no pocos de los que procedentes de fuera, viven en ella y de ella. Todo irá saliendo.

MIGUEL DE UNAMUNO⁶

“¿Por qué se emborracha el vasco?”

Amigo Salaverría; siempre y en todo debemos la verdad a todos, pero mucho más se la debemos a aquellos que nos son más queridos. Usted ha escrito en este mismo semanario lo que cree ser la verdad respecto a la embriaguez de nuestros paisanos y yo, a mi vez, voy a decir lo que creo la verdad a ese respecto.

⁶ *El Coitao. Mal llamao*, año I, nº 2, Bilbao 2 de febrero de 1908, pág. 3. Artículo desconocido conservado por Unamuno (CMU: 3-5).

Partimos, desde luego, del hecho de que el vascongado se emborracha con lamentable frecuencia y de que no debía hacerlo.

Usted dice que el vasco se embriaga porque tiene necesidad de soñar, y esto me parece sofisticado. Y además resulta, claro que sin quererlo usted, amigo Salaverría adulatorio.

No, para soñar no hace falta emborracharse ni son los que se emborrachan los que más sueñan.

La cuestión me parece complicadísima y para ser tratada por técnicos. Más aún así y todo no creo está de más que digamos cada uno lisa y llanamente, noble y sinceramente, lo que a tal respecto creemos.

El que se embriaga busca un excitante y no sólo para el cuerpo sino también, y tal vez en primer lugar, para el espíritu. Y busca ese excitante grosero porque no encuentra otro. Recuerdo que Cajal decía una vez hablando de los que buscan en el alcohol un acicate para la producción mental que el mejor excitante de la inteligencia es el pensamiento mismo.

Me parece, salvo mejor opinión, que se dan a beber los pueblos gastados y los pueblos sin gastar, los muy viejos y los muy jóvenes, los degenerados y los ingenerados, los que están fatigados de una larga cultura y los que acaban de entrar en ella.

Y en todo caso no creo que el vasco beba para soñar. Más bien para perder la vergüenza, para sacudirse esa terrible vergonzosidad, esa "coitadez" que le ata ante las gentes.

En toda Universidad en que hay un contingente de estudiantes vascongados se distinguen éstos por su afición a la taberna. Esta y el frontón de pelota son sus lugares preferidos. Y van a la taberna huyendo del café porque en aquella tienen más libertad y pueden beber y cantar a sus anchas.

Usted supone, amigo Salaverría, que la afición del vasco a la música prueba su facultad soñadora. Yo siento discrepar también en esto de usted. No creo que el vasco tiene afición a la música, sino al canto, lo cual es muy otra cosa. Sin que esto sea negar que haya quienes por la vía del canto vayan a aficionarse a la música.

El vasco tiene afición al canto como tiene afición a jugar a la pelota; porque es un ejercicio físico. Canta como canta el pájaro, para dar escape y desahogo a un exceso de energía fisiológica. Porque el pájaro necesita una gran fuerza vital para poder volar -ejercicio poderosísimo, y bien lo prueban los ensayos de aviación mecánica- y por eso tiene la sangre tan caliente. Y cuando no vuela, canta, como la máquina de vapor parada despide a las veces por válvula de escape su vapor. Y así canta el vasco. Pero tengo observado muchísimas veces que el orfeonista se duerme en un concierto, y no puede reputarse a los más entusiastas y decididos orfeonistas como melómanos. No canta para oír lo que canta, sino para soltar la voz como en el "sanso" la suelta. Lo demás viene luego.

Todo ello, pues, lo de emborracharse y lo de cantar, y también lo de berrear, tiene ante todo una raíz fisiológica. Y es, además, para llenar un vacío. Un vacío de pensamiento, no de soñación.

Sí, amigo Salaverría, hay que decirlo. Y lo tenemos que decir nosotros, los que queremos de veras a nuestro pueblo. Pueblo maravilloso y fuerte y sano pero cuya inteligencia está aun en gran parte dormida. Y hay que despertarla.

En ese nuestro país hay recelo y hasta ojeriza a las formas más elevadas y sutiles, que a la vez son las más inquietadoras del pensamiento. De aquí su dogmatismo, y de aquí el éxito que alcanza toda forma simple y cortante de doctrina.

El favor que el bizkaitarrismo ha hallado se debe, ante todo y sobre todo, a que es una doctrina de una simplicidad horrible y al alcance de las inteligencias más modestas. Se basa en una serie de prejuicios, de leyendas, de afirmaciones gratuitas, de errores históricos, sociológicos y etnológicos. Su fuerza consiste no en desarrollar argumentos sino en repetirlos. Y su fuerza consiste sobre todo en la casi total carencia de sentido crítico de parte de los que exponen y de parte de los que reciben la doctrina.

Yo he sentido siempre, y todos mis amigos lo saben, una gran veneración hacia el carácter de Sabino Arana, que me parece fue un gran corazón. Pero juzgadas intelectualmente sus obras son de lo más lamentable que conozco. En punto a lingüística a su ignorancia en la materia se unía una pasión que le privaba de todo sentido científico. Y nunca discurría peor que cuando se esforzaba por ser sereno y desapasionado.

¡Pero vaya usted con eso a todos esos ciegos fanáticos, espíritus forjados a macha martillo, ayunos de ciencia y sobrados de petulancia! Cuando me encuentro entre ellos evito toda discusión, pues sé por experiencia que agotándoseles al punto no las razones, sino los lugares comunes que han aprendido a repetir, acuden a cerrar el puño. Lo de andar a garrotazo limpio jóvenes carlistas y jóvenes bizkaitarras es muy significativo.

Cuando éramos chiquillos y en ese mi Bilbao salía alguno empleando palabras, que nos sonaban a más finas o encopetadas le decíamos: “aivá! pa que se le diga”. Y esto persiste. La generalidad, sobre todo los del “legezarra”, chacolinada y berreo, miran no ya con recelo, con inquina, a aquellos que suponen intelectuales. Los tienen por pedantes o por desdeñosos. Y conozco más de uno que ahoga su intelectualidad -no pocas veces en vino- y se finge uno de tantos beocios, halagando a estos y repitiendo sus estribillos, no más que por cobardía, por horrenda cobardía.

La verdad es ante todo, y la verdad es que en ese mi Bilbao se enseña a buena parte de la juventud a odiar la inteligencia. En lo que entra por mucho la envidia.

Un pueblo hay en Vizcaya en que la masa de sus habitantes -pescadores en su mayoría- vivían dirigidos por un hombre inteligentísimo. Ellos eran y son honrados e incapaces de ciertas fechorías. Se reconocían inferiores en cultura y en inteligencia y se dejaban dirigir.

Pero llegó allá esa doctrina simplicísima y terrible y les dijeron que pertenecían a una raza superior. Y llegaron a creer, me figuro, que el más bruto de ellos es superior al más inteligente de los de por acá. Y esa soberbia colectiva, la más barata y cómoda de las soberbias, les ha llevado a extremos lamentables. Hoy ese pueblo es inhabitable para toda persona de juicio y de independencia de criterio. La beocia desmandada se ha proclamado contra los “belarrimotzak”, y se ha dado caso de que en cuadrilla han atacado a alguno.

Más de una vez hablando de los bizkaitarras he dicho; sí, los conozco; muchos de ellos han sido amigos míos de la niñez, muchos siguen siéndolo, los más de mis compañeros de escuela lo son. Buena gente... entendámonos. Si se tratara de confiarles mi caudal se lo entregaría sin recibo, y si mi mujer o mi hija tuvieran que hacer un largo viaje haría lo mismo.

Pero... son muy beocios. Todo menos tratar de razonar con ellos. No discurren. Tienen empotrados en la mollera unos cuantos dogmas ya religiosos, ya patrióticos o lo que sean, y unos cuantos lugares comunes y es inútil pretender razonar con ellos.

Ahí, falta sentido crítico. Se acepta cualquier especie que halague el amor propio colectivo y hallan favor todas las fantasías que acerca de la raza vasca han echado a volar personas de más entusiasmo que buen juicio. Todas son batallas de Arrigorriá, o regímenes políticos anteriores al 37. Y ello de pena; de una pena grandísima.

Y para cubrir ese vacío de sentido crítico y analítico, para cubrir ese vacío de inteligencia inquisidora e investigativa, para eso, me parece, es para lo que se bebe. El alcohol es un aliado de la ortodoxia, de la ortodoxia católica y de la ortodoxia bizkaitarra, y de otras ortodoxias, y es el aliado de esa terrible cobardía, de esa cobardía funestísima que reduce en ese nuestro país a la impotencia a los elementos intelectuales, que no se atreven a afrontar la burla y el encono de los beocios.

¡Pobres beocios! Tan enteros, tan noblotes, tan entusiastas, tan sanos, pero... tan brutos.

Esta es la verdad verdadera; esta es, amigo Salaverría, la verdad que arranca mi amor creciente a esa nuestra noble y fuerte tierra que será grande de veras cuando se sacuda de esas trabas.

“¡Burlaos!”

Miguel de Unamuno

Me he lamentado aquí mismo, en este COITAO de nuestros pecados, de lo escasa de sentido crítico que suele andar, por lo común, esa nuestra buena gente. Su dogmatismo es formidable. Todos, blancos, negros, rojos, verdes, grises, pardos y hasta los incoloros, tienen sus dogmas y juran por ellos y en cuanto se les va contra el pelo ni entienden ni quieren entender.

“Vizcaino, burro” reza un antiguo dicho decidero refiriéndose a nuestra testarudez. Testadurez de distinta índole que la de los aragoneses pero no menos testadura. La de ahí, la nuestra, es, al parecer al menos, más mansa, menos violenta, pero no menos incommovible. “No hay manera de convencer a un paisano de usted”, me han dicho más de una vez. Y uno que conoce ese nuestro país y que conoce la Siria me ha dicho que le parecemos árabes en eso. Pues parece ser que el árabe cuando se trata de convertirle, replica: “o eso está en el Corán o no; si está en él, no necesitas decírmelo, y si no está, no es verdad”. Y ahí hay tantos Coranes!

Pero hoy quiero deciros, oh “coitaos”, que esa penuria de sentido crítico lleva consigo otra penuria y es la de sentido humorístico.

No bien empezó a despertárase el ánimo y empecé a escribir en ese mi Bilbao y a llamar la atención de algunos sobre mis escritos, una de las cosas que más me sorprendieron al pronto y más me apenaron después fue la incapacidad para percatarse de lo humorístico que observé en personas, por lo demás, de un talento más que regular. Su seriedad era tan brutalmente radical que les hacía absolutamente ineptos para percibir lo que no fuese serio.

No una, sino cien veces, me han tomado muy en serio lo que escribía en broma y por el contrario me han tomado a broma lo que decía en serio.

Y no es que no les guste la broma, lo jocoso o satírico, no. Les gusta, pero tiene que ser broma clara y sátira al alcance de las más modestas inteligencias, que se vea desde luego que lo es. Todas esas otras cosas en que el ánimo del lector se queda suspenso sin saber si se le está hablando en serio o en broma o no las entienden o si sospechan algo se enfurecen. Y es que les falta la agilidad mental que da el sentido crítico y les duele ser burlados.

Lo humorístico, lo estrictamente humorístico escapa a la comprensión de casi todos los españoles y de los nuestros, de los vascongados, muy en especial. Su seriedad, tan útil y tan laudable en otras cosas, les sirve no pocas veces de estorbo.

Así es que cuanto ahí se hace con intenciones de sátira o de broma o es inocente y ñoño o es brutal y grosero. O por lo menos tosco y burdo.

No conozco nada más burdamente aldeano que la intención, v.gr. que se atribuía ahí en un tiempo a cierto corpulento y solemne señor, incapaz de escribir ceñido y tan largo de palabrería en sus escritos de cemento como corto de palabras nos ha resultado en el Parlamento. “¡Qué intención tiene!” se decía, y yo replicaba: “intención? llamáis intención a venir con una tranca de roble sin desbastar, y descargarla a dos manos, dando tiempo a que el adversario hurte el cuerpo? la intención sería mientras amaga así con el garrote con una mano, clavar con la otra una aguja envenenada”. Y como este pobre señor hay muchos. Es claro, con tanta humanidad no puede andar muy ágil ni resultar un mediano pelotari.

Y esto de los pelotaris me recuerda que en alguna parte he contado cómo en un tiempo

⁷ *El Coitao. Mal llamao*, año I, nº 5, Bilbao 1 de marzo de 1908, págs. 2-3. Conservado en la CMU: 3-6.

se excitaban los eliceguistas y los marduristas y cómo por debajo de ello había en los partidarios de Elícegui -que eran, en su mayoría carlistas y hoy serían bizkaitarras- el odio a la agilidad, a la travesura, a la destreza -cualidades que distinguían a Mardura- que se burlaba de la fuerza bruta, abierta y sin dobleces. Y así siguen las cosas. Nada odian los beocios más que la travesura y el ingenio. Acatan a las veces, no siempre, el talento, pero ha de ser el talento boyuno, pesadote, y sobre todo libre de ironía sutil y de ingenio.

Y si han pasado por seminario la cosa se agrava. Porque en esos desdichados seminarios, a fuerza de bazofia mental, se les mete a los que allí se educan el culto de cierta cosa que llaman lógica y firmeza de pensar y no es sino pesadez y falta de sentido crítico. Se creen que para pulverizar al adversario -esto es muy de su gusto, aunque nunca lo consigahay que proceder por 1º, 2º, 3º... nº y por a, b, c, d, y silogismo al canto, y citas, y no dejar cabo suelto y sobre todo ser muy largo, lo más largo que se pueda. Y hablar de las contradicciones del refutado, contradicciones, por supuesto, que no suelen estar sino en la cabeza de los pobres refutados. Todo eso es paja prensada.

Y cuando se meten a satíricos? El que quiera ver a un cachorro de elefante o a un hipopótamo queriendo bailar el “arín, arín” no tiene si no leer la sección jocosa de cualquier diario o semanario de la que a sí misma se llama buena Prensa. No salen de la ñoñería sino para caer en la grosería frailesca, o en la insidia de mala fe e hipócrita. Está visto que el dogma y la gracia están reñidos uno con otra.

Eso sí, en cuanto inventan una inepticia ya están a copiarla y repetirla todos los del gremio, y cuanto más estúpida sea, mejor. Porque tampoco es su fuerte la originalidad de inventiva.

Y ese mal de la seriedad a todo trance y fuera de tiempo, y sobre todo, eso de la incompreensión no ya del humorismo, si no hasta de la simple ironía, es un mal que ahí, en esa nuestra tierra, hace estragos. ¡Qué señores tan serios hasta cuando se ponen a hacer o decir “chirenadas”! Porque lo curioso es que no son menos serios los más “chirenes”.

El “chirene” tiene algo del gracioso profesional, del “clown”, y es que suelta sus gracias estando muy indiferente a ellas por dentro y hasta en disposición lúgubre no pocas veces. Y ese mismo “chirene” se os incomoda si alguna vez duda de si algo que le decís es un grave aserto preñado de importancia o no es más que una “chirenada” de quinto grado. Porque ellos se quedan en las de primero.

Y todo es, lo repito, falta de sentido crítico y atiborramiento de sentido dogmático.

Una de las cosas que más sublevan a ciertas gentes es la proposición de que hay derecho a burlarse de todo, absolutamente de todo, de todo sin excepción alguna, sin más que saber guardar el modo y manera de burlarse de ello. Como son incapaces de guardar límite en el modo y la manera han establecido terrenos a que la burla no debe llegar y cosas de que no debe uno burlarse. Y, sin embargo, yo creo que puede uno burlarse hasta de Dios y que Él lo agradece con sólo que sepamos hacerlo algo divinamente. Y esas pobres gentes cuando se burlan, se burlan no ya humana, sino animalmente.

Y vosotros, “coitaos” de EL COITAO, burlaos ahí de todos y de todo, y procurar marear a los beocios y que no sepan éstos ni de dónde venís ni a dónde vais, y no les dejéis en paz con sus intangibilidades, y haced una guerra continua a todos los camellos, elefantes e hipopótamos que por ahí pululan. No hay como la ironía para zurrar y batanar los espíritus. Pero nada de “coitadeces”; cuando os burléis burlaos de veras, lo más sutil y agudamente que podáis, pero metiendo el aguijón hasta los tuétanos y a poder ser con algo de cantaridina. Es la mejor terapéutica para convertir los espíritus dogmáticos en críticos. Si así no se despertaran los beocios habría que declarar los adoquines.⁸

⁸ *El Coitao. Mal llamao*, año I, nº 5, Bilbao 1º de Marzo de 1908, págs. 2 y 3. Desconocido como los dos anteriores, es reproducido de la edición facsímil preparada por González de Durana.